

BAJO SOSPECHA

YONSHEKO BLANDELA



Bajo Sospecha

1. Entre forenses

La sirena de la patrulla sonaba por toda la calle, su color rojo intenso se reflejaba en los cristales del vehículo y en las ventanas de las casas cercanas.

Paramédicos recogían un cuerpo femenino cubierto con una sábana blanca y sobre la camilla depositaban el cadáver dentro de una gran bolsa negra plástica y después de cerrarla la subían a una carroza funeraria.

Mientras el Ministerio Público confirmaba el asesinato de la joven, otra mujer, idéntica a la occisa, salía del edificio custodiada por dos agentes, quienes la llevaban esposada de manos.

Los vecinos curiosos no daban crédito a lo que miraban detrás del área acordonada; una de las gemelas había muerto y al parecer era Maritsa, la que todo el mundo odiaba, y al mismo tiempo no creían que Clarissa, la hermana bondadosa, hubiera cometido tal crueldad contra un ser humano.

Algunas voces se escuchaban molestas por el acto y otras contentas por el resultado. Otros aseguraban que Fidel, el novio español de Clarissa, mantenía un amorío secreto con Maritsa, y que seguramente él había planeado el asesinato.

— Se lo merecía la tal Maritsa, ni ella sola se aguantaba la pobrecita; era tan sangrona y pedante — dijo otra vecina.

Los peritos salían silenciosos de la casa de los Domínguez, ubicada en la esquina de la tercera cuadra de la colonia.

El llanto de una madre desconsolada no dejaba ni un instante de silencio. Juana, la sirvienta, y don Chepe, el chofer, trataban inútilmente de apaciguar con palabras de aliento a doña Marisela, madre de las gemelas.

— Esto no fue casualidad. Aquí todos son sospechosos — dijo un agente de seguridad.

2. A declarar

Sospechoso número 1:

Clarissa Domínguez

Hermana gemela de la occisa.

Persona que encontró el cadáver.

La mujer entra a la habitación cojeando de un pie. Ramiro Ortega, abogado defensor la enfrenta.

— Clarissa, cuénteme lo ocurrido.

Ella permanece en silencio con la mirada perdida y después responde.

— Aún no lo puedo creer. Fue como una pesadilla. Yo estaba dormida en mi habitación, escuché gritos, me levanté de la cama y llegué al vestíbulo. De pronto vi a Maritsa, mi hermana, tirada al pie de la escalera. Corrí, lo más rápido que pude hacia ella para ayudarla, pero nunca respondió. Me asusté muchísimo. Juana, la sirvienta, llegó al escucharme gritar. Ella encendió las luces y ahí nos dimos cuenta que ella no respiraba. Estaba muerta.

Clarissa se llevó las manos a los ojos. Al quitarlas Ramiro descubrió que los ojos de su cliente estaban completamente rojos, pero no se asomaba ni una lágrima.

El hombre le acercó un vaso con agua, ella lo bebió y prosiguió.

— Era mi hermana, a pesar de no llevarnos bien, yo la quería. Éramos idénticas físicamente y ambas sabíamos

cuando algo en nosotras no estaba bien, ella me conocía a la perfección y yo a ella, es algo que solo los gemelos entendemos.

— ¿Por qué no se llevaban bien? — cuestionó Ortega.

— De niñas pasó algo terrible. Nuestro padre tenía una amante, Maritsa los encontró en la cama de la habitación del segundo piso haciendo el amor. Maritsa se le fue a los cabellos de la tipa y estrelló su cara con la esquina de una cajonera. La mujer quedó muy mal. Mi padre enloquecido sacó a mi hermana casi a patadas, después me confundió con ella y se desquitó conmigo.

3. Relato amargo

Ramiro preguntaba inquieto a Clarissa.

— ¿Cómo fue que Maritsa se desquitó? ¿qué le hizo tu padre? ¿Es por eso que cojea del pie izquierdo?

— Para empezar le dijo a mamá y ella lo tomó muy tranquila, como si supiera que él tenía una amante. Después ella nos llamó a mi hermana y a mí, pero Maritsa se hizo la que no sabía nada... ella mentía tan bien que a mí no me creyeron que yo ni siquiera había estado en la habitación. Ese mismo día mi padre ordenó encerrarme en esa habitación por cinco días, sin poder hablar con nadie, ni ir a la escuela, no podía ni ver el sol.

— Su padre la castigó solamente, no veo ningún problema grave aquí. — observó el abogado.

— Espera, Ramiro. Durante esos días mis padres discutieron día y noche. Yo solo escuchaba gritos y a mi hermana llorar. No podía ver nada, pero escuchaba todo. El quinto día mi padre se puso violento, empujó a mamá por las escaleras y después se marchó. Afortunadamente a mamá no le pasó nada, pero mi hermana, al ver esto, corrió con llave en mano hasta la habitación en donde estaba encerrada, abrió la puerta, cerró, corrió a abrazarme, y después me empujó. Me dijo que por mi culpa mis padres discutían y

que la única forma de salvar a la familia era que desapareciera. Maritsa me empujaba y yo me defendía. Entre el forcejeo me acercó al balcón, abrió la puerta y me arrojó...

— No puede ser, ¿en serio pasó eso? — Ortega se sorprendió.

— Caí del segundo piso sobre mi pierna izquierda, me la quebré en no sé cuántas partes. Mis padres me llevaron con el doctor familiar, pero él dio pocas posibilidades de recuperarme del todo.

4. El empujón

Clarissa hablaba con Ramiro Ortega, el abogado familiar, quien descubría la razón por la que ella cojeaba de un pie.

— Sí, Maritsa fue la culpable. Ella me empujó por el balcón del segundo piso de la casa. Mi vida ya no fue la misma. Una niña en plena adolescencia, atada a una silla de ruedas. Mi vida se había terminado. O eso pensaba. Pues aunque mi padre se fue con aquella mujer, dejándonos solas, nunca nos abandonó económicamente. Por aquel tiempo don Chepe, el chofer, trajo a una jovencita a trabajar en el servicio de la casa. Mi madre me la mandó para asistirme, pero yo odiaba todo y a todos. Rechacé a Juana cuantas veces quise. Ella se esforzaba a diario por ayudarme con la terapia a pesar de que Maritsa se burlaba de ella por su condición humilde y su forma de hablar.

Ramiro pidió a Clarissa hacer una pausa. Mientras anotaba algunos detalles, la grabadora seguía registrando cada segundo del encuentro.

— Veo que Maritsa no se llevaba bien con nadie — observó el abogado.

— A todos trataba mal, — siguió Clarissa — desconozco la razón. Además de burlarse de Juana también la metió en varios aprietos. Maritsa robaba dinero del monedero de la cocina y le echaba la culpa a la pobre sirvienta.

— Haber, señorita Domínguez, nos estamos saliendo del tema. Ya tendré oportunidad de charlar con Juana. Necesito conocer un poco más de su relación con su hermana.

Clarissa hizo una mueca, miró en todas direcciones tratando de esquivar la plática.

— ¿Usted tenía razones para matarla?

— ¡Por supuesto que no! Sí estaba enojada con ella, pero de eso a matarla, no me atrevería... ¿Está insinuando que yo lo hice?

5. La insinuación

Clarissa se enojó cuando Ramiro Ortega, el abogado, le cuestionó si tenía razones para liquidar a su propia hermana.

— ¿Está insinuando que yo lo hice?

— No. Pero supongo que nadie mejor que usted la conocía perfectamente. ¿Hasta dónde fue capaz de llegar Maritsa? ¿Cree, realmente, que fue asesinada? — Ortega indagó.

— De mi hermana se podría esperar cualquier cosa. Trataba muy mal a su novio que le cumplía todos sus caprichos; a Juana y a don Chepe que solo trataban de darle gusto; le faltaba al respeto a mi madre; y conmigo se portaba de lo peor; nadie la soportaba, tenía muchos enemigos. La verdad es que estaba un poco trastornada, pobre. — Clarissa guardó silencio de pronto. Su rostro se paralizó y su estado de ánimo cambió. — ¡Ay, Ramiro, me siento tan desdichada! En verdad me duele lo que está pasando...

El abogado se levantó de su asiento y le dijo a Clarissa que retomarían el tema cuando tuvieran otra sesión. La mujer se levantó torpemente, se inclinó hacia el lado izquierdo y se recargó en la mesa. Ramiro le dio la mano para ayudarla a trasladarse hasta la puerta de la habitación. Antes de irse, Clarissa miró al abogado y le suplicó que encontrara al culpable.

Ortega respondió afirmando que así lo haría y prosiguió en llevarla hacia afuera de la habitación.

Al quedarse a solas, el abogado rebobinó la grabación y la escuchó de nuevo, después revisó sus anotaciones.

— Sé que aquí hay algo más profundo... Clarissa no me convenció del todo. Veamos qué dicen los demás sospechosos.

6. Juana, a declarar

Sospechoso número 2: Juana.

Servienta de la familia Domínguez.

Auxilió a la hermana de la occisa.

Juana estaba un poco nerviosa, entró a la oficina de Ramiro Ortega mirando a todos lados.

— ¿Cómo le va, Juana? Cuénteme cómo sucedieron las cosas.

— No, pues yo no sé nada, se lo juro...

— ¿Segura?, usted estaba en la casa cuando Clarissa encontró a Maritsa muerta.

— Pues sí... esa noche escuché que una de las señoritas gritó y corrí al recibidor. Ahí vi una sombra y, con todo y miedo, encendí la luz. La señorita Clarissa estaba histérica mirando a Maritsa tirada en el piso, debajo de las escaleras, envuelta en un charco de sangre. Corrí rápido con Clarissa y la llevé a la cocina, traté de limpiarle las manos, pero la sangre de la difunta no se le quitaba del todo.

— ¿Por qué Clarissa tenía las manos llenas de sangre? Entonces, ella pudo ser la asesina. — observó Ramiro.

— Eso sí no lo sé, oiga. Volví al recibidor cuando doña Marisela comenzó a gritar desde el piso de arriba. Yo le dije que no bajara, pues se podía resbalar por las escaleras, pero ella no me hizo caso e inició a bajar escalón por escalón. La mujer no paraba de llorar. En ese momento llegó don

Chepe, yo no sé qué hacía en la casa tan noche. Él duerme en un cuarto en el jardín, pero esa ocasión era su día libre. Don Chepe llamó a la policía por que doña Marisela y Clarissa estaban trastornadas y yo preparaba un té de hierbas que en mi pueblo hacemos para calmar los nervios. Maritsa me daba miedo viva, pero muerta me dio pavor... pero le digo la verdad, me dio gusto verla así. Se lo merecía.

7. Los caprichos

Juana juraba no ser la asesina de Maritsa. Ramiro Ortega la miraba morderse las uñas de los nervios.

— ¿Usted qué hacía despierta a esa hora? — le preguntó a la sirvienta.

— Yo no duermo, señor, o por lo menos era lo que me ordenaba la señorita Maritsa. Ella decía que yo estaba para cumplir sus deseos las veinticuatro horas del día, que por eso me pagaban. Y pues le hacía caso. Alguna vez me quedé dormida cuando ella ocupaba urgentemente un esmalte para uñas que no encontraba. La joven no podía ni siquiera agacharse para buscar debajo de la cama. Pobrecita, verá usted que era una inútil. Como no respondí inmediatamente, fue a buscarme echándome un balde de agua fría en la cara. Después de encontrar el maldito esmalte, debajo de su cama, ya no pude conciliar el sueño, mi catre estaba mojado. No me quedó de otra que hacerme un café bien cargado y quedarme en la cocina por si acaso se le ofrecía otra cosa a la princesa. No, si le digo... Llevo quince años trabajando para la familia Domínguez y soportando a esa tipa. No, si tener lana no te hace mejor persona, ni más educada. Una buena tunda se merece... Yo sí la arrastraría de los cabellos por toda la casa. ¡Cómo de que no!

— ¿Usted llegó a esa casa para asistir toda la casa o a Clarissa? por lo que yo sé, se dedicaba solo a lo segundo.

— Nombre. Eso era al principio. Creerá usted que durante los años de servicio han desfilado más de sesenta sir-

vientas, que van y vienen... Ninguna soportaba el carácter de Maritsa. Todas salían huyendo a los pocos meses...

— Y ¿Cuál es la razón por la que usted ha estado soportando quince años de humillaciones?

8. Las humillaciones

En aquel cuarto frío seguían los cuestionamientos. Juana, la sirvienta de los Domínguez, continuaba dando su testimonio.

— Dígame, Juana, ¿Cuál es la razón por la que usted ha estado soportando quince años de humillaciones? ¿No podía conseguir otro empleo? — Ramiro Ortega no quitó el dedo del renglón.

Juana permanecía en silencio.

— No. — Juana perdió su mirada en el suelo. — Le debo mucho a la señora Marisela, y también dinero. La joven Maritsa se encargó de ello. Todo lo que le robaba a su madre me lo cobraban a mí, y no solo dinero, también joyas y otras cosas. Ya ni sé cuánto le debo. Pero juro que no lo hice, fue ella. Estaba ahorrando un dinerito pa' mandarle a mis viejos en el pueblo, pero como se desaparecía el del gasto, lo tenía que reponer de mi bolsillo... y poco a poco me lo acabé. No, si tengo ganas de agarrarla de los cabellos aunque esté muerta, a ella y a su novio ricachón bueno para nada.

— ¿Habla de Alberto Ibarra?

— El mismo que viste y calza. Es un ojete. Fíjese que una vez el hombre confundió a Maritsa con Clarissa, y le valió sorbete. El tipejo la besó y le dijo que la amaba. Cuando Maritsa se enteró la casa casi se derrumba. Don Chepe y yo corrimos a escondernos a la cocina. Maritsa remataba con nosotros. Clarissa moría de la pena porque no tenía novio, pero un tiempo después se consiguió uno bien guapote: alto, moreno, ojo verde, con un hablado bien chistoso. Pero una no es tonta... La joven Maritsa se enamoró de Fidel, el

novio español de su hermana. Yo creo que fue en venganza. No lo sé... Pero eso sí, esta historia estaba mejor que mi telenovela de las nueve, hasta la dejé de ver.

9. La Amenaza

Juana se desesperaba. Se sentía presionada por tantas preguntas. Por último, Ramiro le preguntó si sospechaba de alguna persona.

— Yo que sé... pregúntele al novio. Peleaban cada cinco minutos por cualquier tontería. Y allá vamos los tontos de don Chepe y la Juana a esconderse a la cocina. Después regresaba el joven a pedirme algo de comer y tenía que dárselo a la hora que me lo pidiera.

— ¿Alberto la trataba mal a usted?

— Pues no. Al contrario, decía que me quería tratar muy bien, el muy cochino. ¿Si sabe a qué me refiero, verdad? Cada vez que llegaba tomado me insistía y como lo rechazaba, me decía que algún día me iba a arrepentir.

— ¿Se propasó alguna vez?

Juana calló de nuevo. Ramiro la miró y le dio fin a la conversación.

Al marcharse Juana, Ramiro revisó su grabadora, hizo anotaciones y después de un rato, y algunos sorbos de café, se marchó. Al salir al estacionamiento llegó a su coche, sacó las llaves del bolsillo del pantalón, al introducirla en la ranura desactivó la alarma, entró al auto, tomó el volante mirando al frente, en el momento en que descubrió una nota sostenida con el limpia brisas.

Sacó la mano por la ventana y tomó el papel. Sus ojos se abrieron al ver el contenido de la carta:

“Sigue tu camino... No mires lo que no quieres mirar”.

Ramiro arrugó el papel haciéndolo bola en su mano, estaba a punto de tirarlo por la ventana, sin embargo lo miró de nuevo y lo guardó en su maletín. Perplejo encendió el coche y se dirigió a su casa.

10. Sorprendidos

Esa noche Clarissa caminaba por toda su habitación, tenía insomnio de nuevo. A cada instante recordaba la tragedia: veía un cuerpo igual al suyo, tirado bajo las escaleras, rodeado de sangre. Cubrió sus ojos con las manos y de pronto sintió un ligero frío que recorría su cuerpo entero. El pánico se apoderó de ella. No era Maritsa a la que veía muerta, era ella misma quien tenía la cabeza abierta y las piernas chuecas apuntando en distintas direcciones.

Un ruido en la oscuridad la sacó del trance.

— ¿Quién anda ahí? — susurró.

Clarissa dio dos pasos hacia la ventana. La cortinas traslucían la luz de una lámpara en la calle entre la negrura de la noche. Con mucho cuidado se fue acercando a la orilla de la habitación. Su corazón latía a mil por hora y al asomar media cabeza por la ventana vio una sombra. Estaba a punto de gritar cuando descubrió a Fidel, su novio, trepando por una reja de metal cubierta por enredaderas.

— ¡Me has pillao! — Fidel se sorprendió — Estoy hecho un lío, toda esta tontería me tiene cabreado.

— No te entiendo nada. ¿Podrías traducirme por favor?

Por la cara que tenía Clarissa, Fidel intuyó que ella no estaba de humor.

— Qué extraño, tía. Nunca te traduzco lo que digo, pero vale, digo que no entiendo nada y que...

— ¡Ya, ya! — Clarissa lo interrumpió — No hace falta.

El joven abrazó a su novia tratando de buscar refugio entre tanto problema, sin embargo se dio cuenta de que ella estaba incomoda. Clarissa buscaba separarse de aquellos brazos morenos que tiempo atrás la protegieron, tantas veces, de los enfrentamientos con Maritsa, su hermana gemela.

11. El chofer declara

Sospechoso número 3: don Chepe.

Chofer de la familia Domínguez.

Auxilió a la madre de la muerta.

José llevaba treinta años trabajando para los Domínguez. Prácticamente él había visto crecer a las gemelas y les tenía un cariño inmenso, sobre todo a Clarissa, quien no solo se portaba bien con él, sino que lo defendía de Maritsa y le daba oportunidad de guardar las sobras de comida, pero cuando la otra hermana se daba cuenta, esta se metía al pequeño cuarto del chofer a tirarle todo al escusado.

— Uno no gana mucho, — le explicaba de forma pausada al abogado — y pues... tengo familia y cinco hijos. Yo guardaba lo que sobraba para llevárselos a Celia y a los chiquillos. Nombre, no sabe las que pasábamos, y como yo no estaba todo el tiempo con ellos, pues la mujer se desesperaba... La última vez que la señorita Maritsa hizo eso, me enojé y reclamé... ella tomó una de las bandejas y me aventó el consomé de pollo en la cara. La pobre Juana me puso pomada casi toda la semana para sanar las quemaduras. Celia, mi mujer, me pedía a cada rato que cambiara de trabajo, y como no quise, me mandó por un tubo y se fue con una pariente pa'l norte. Desde entonces cada vez que la joven se molestaba yo me escondía en la cocina.

— Aquí vamos de nuevo — dijo Ortega exaltado. — Si Maritsa lo trataba tan mal, ¿Por qué diablos no se fue con su mujer?... perdón don Chepe, no debí reaccionar de esa manera. Siga usted.

— ¿Uno que puede hacer? — don Chepe se encogía en la silla — sin estudios, con edad avanzada, con riumas en las manos y diabetes. No, señor, no me podía ir así como así.

— ¿Quién mató a Maritsa? ¿Usted, don José?

12. Planes

El abogado se le fue directo a don Chepe. Observó su fragilidad y apretó el paso.

— ¿Quién mató a Maritsa? ¿Usted, don José?

El anciano temblaba de nervios y poco a poco se encogía en la silla. No decía palabra alguna. Perlas de sudor bañaban su arrugada frente. La presión le cegaba la vista. El anciano limpiaba sus anteojos en cada momento.

— ¡No fui yo! — al fin contestó.

— ¿Y qué hacía usted en la casa en su día de descanso? Mucha coincidencia que encontráramos un machete y una blusa sucia de Maritsa en su habitación. ¿Qué hacían esos artículos ahí?

Don Chepe tragó saliva. La piel de su rostro cambió de color de blanca a roja.

— Y-yo — contestó titubeando — n-no tengo a dónde ir... E-ese día no salí de la casa. La señorita Maritsa me había impuesto un castigo por que aquella vez no llegué a tiempo al centro comercial; me exigió que levara esa blusa con jabón de tocador y con un cepillo de dientes mío. Estaba a punto de hacerlo, pero el joven Alberto llegó y le pidió a Maritsa que me perdonara. Ella peleó con él, como de costumbre...

Don Chepe guardó silencio.

— Siga, don José...

— El joven Alberto la zangoloteó del brazo y se la llevó consigo. Después ya no supe nada, hasta la noche que fue el desagradable momento...

Don Chepe sollozaba, de pronto supo que la presión le bajaba y sintió mareos. Ramiro lo sostuvo y pidió a su ayudante que trajera agua. Después el anciano se tranquilizó. El abogado lo miraba en silencio.

— Última pregunta de hoy, ¿usted es jardinero?

El chofer negó con la cabeza.

— Entonces, ¿por qué tenía un machete en su habitación? ¿Qué pretendía hacer con él? responda...

— Tenía planes...

13. El accidente

Ramiro Ortega miraba en silencio a don Chepe. Al anciano le bajó la presión y casi se desmaya frente al abogado. De pronto Ortega se sorprendió al preguntar sobre el machete que tenía el chofer en su habitación.

— Tenía planes... — respondió en voz baja don Chepe.

— ¿Planes? explíquese.

— Y-yo iba a cortar las ramas de un árbol... La señorita Maritsa me lo pidió...

Ramiro golpeó la mesa y después señaló la salida a don Chepe. El anciano salió con prisa dejando al abogado echando chispas.

Ramiro se preguntaba si realmente Maritsa era tan mala como decían o simplemente era una joven mimada que necesitaba atención. Esa tarde no tenía ninguna otra cita. El abogado sorbió de su taza de café, sacó la grabadora y anotó sus apreciaciones.

Después de un largo rato, tocaron la puerta de la oficina. Ramiro asomó la cabeza un tanto molesto. Afuera un agente le informaba que don Chepe había sido trasladado al hospital.

— ¿Qué le pasó?

— Al parecer intentaron asesinarlo.

— ¿Pero que demonios? ¡No puede ser! Regreso más tarde...

Ramiro tomó su maletín y salió lo más rápido que pudo rumbo al hospital.

Veinte minutos tardó Ortega para llegar. En el estacionamiento se encontró con Alberto Ibarra, ex novio de Maritsa. El joven fumaba recargado en un coche ligeramente abollado.

— Gran susto se llevó el viejo...

Ramiro se acercó tranquilamente a Alberto.

— Puedo saber ¿qué le pasó?

— Al llegar a la casa un coche a toda velocidad lo atropelló, sin embargo solo sufrió golpes menores. No, si el viejo es como una roca, aguanta todo — respondió Alberto — por cierto, licenciado, mañana me toca comparecer... ¿está listo para conocer la verdad?

14. Hablar a medias

A la mañana siguiente Ramiro Ortega esperaba ansioso a Alberto Ibarra, pareja de Maritsa hasta el momento de su muerte, pero el joven empresario, dueño de cinco sucursales zapateras, no llegaba a la hora acordada.

Mientras esperaba no dejaba de pensar en lo que le había pasado el día anterior a don Chepe y lo más extraño fue llegar al hospital y ver a Alberto sobre un coche abollado del cofre, inmediatamente pensó que pudiera ser el automóvil que intentó atropellar al anciano. Y después, al subir a la sala de espera, se encontró con Juana, la sirvienta, quien vuelta un mar de lágrimas le suplicaba no seguir en el caso.

— Oiga, lic, mejor deje todo esto por la paz... — le pidió la sirvienta — no vaya a ser...

— ¿Por qué dice eso Juana? Si usted sabe algo, cuénteme inmediatamente...

— Yo no sé nada, pero esto que le pasó a don Chepe, no me huele nada bien... se me hace que hay gato encerrado...

Juana le daba muchas vueltas al asunto, Ramiro sin darle más atención caminó hacia la puerta de la habitación en dónde estaba el chofer convaleciente.

Doña Marisela y Clarissa acompañaban al anciano, mientras la señora le acomodaba la almohada, la joven cambiaba el agua de un florero.

— Ortega, que bueno que vino. — saludó doña Marisela — esto que sucedió no se puede quedar así. Fue una trampa. Mire como dejaron a nuestro pobre chofer.